

Peligrosas y frágiles

Mónica Lavín

NO CABE DUDA QUE LA VERDAD es relativa al cristal con que se mira, y como bien lo advierte el historiador francés y autor del libro *Mujeres del siglo XII*, Georges Duby (Andrés Bello, 1995), lo que sabemos de las mujeres que vivieron hace mil años es a través de los escasos testimonios que existen y que en su mayoría fueron escritos por hombres, los hombres bajo cuyo poder estaba el sexo débil, las extraídas de Adán, las descarriadas, las pecaminosas que necesitaban de la guía y contención del macho para no desbordarse hacia su perversidad natural.

Y lo que en este libro nos ofrece el autor –experto en historia del medioevo y codirector de *Historia de las mujeres* y de la *Historia de la vida privada*– es lo que reflejan los testimonios escritos. Se carece de las imágenes realistas que permitan reconstruir un gesto, una mirada, de las mujeres que el autor recoge en este volumen. Así que la tarea ha sido espulgar entre la escritura (“la bella escritura, la que ha resistido el desgaste del tiempo”) textos oficiales en su totalidad, dirigidos a un público, nunca hablando desde lo íntimo. Una tarea de esclarecimiento de sombras como dice el autor, de matices que pueden apuntar hacia el interior de estas mujeres,

pero sobre todo a la concepción que los hombres tenían de ellas y a la manera en que en el siglo XII se va perfilando un cambio en la misma. Esta mujer, frágil, necesariamente sometida a la obediencia, es capaz de ser fuerte y dominar sus apetitos, y mudar sus apetitos desbordados por el fervor místico, por el amor, el amor como un acto sublime donde espíritu y carnalidad se funden.

La mujer –que hasta entonces no había tenido cabida en la vida monástica– puede escoger matrimoniarse con Jesús, antes esto era impensable. Para las mujeres había tres estados posibles: hijas, vírgenes, bajo la vara de un padre que escogía a su marido; esposas, que debían obediencia e hijos a su hombre, o viudas para cuyo estado recién se había abierto la posibilidad de ingresar a un monasterio y consagrarse al amor divino. Los trece años era la edad normal para contraer matrimonio, sacramento que la Iglesia acababa de instaurar a fin de asegurar su control. La Iglesia promovía y manejaba a su conveniencia el matrimonio y el divorcio entre la nobleza, asegurando la mejor unión para el beneficio de sus intereses.

En el siglo XII ser hermosa y de buena cuna era una carta abierta a la lujuria, a la incitación al mal –condición

atribuida por naturaleza a las mujeres. Estas mujeres despertaban las ambiciones y la voluptuosidad de los hombres a su alrededor. Ése fue el caso de Leonor de Aquitania, mujer de Luis VII de Francia y después de Enrique II de Inglaterra, madre de Ricardo Corazón de León y de Juan, quien no encontró paz hasta que ingresó al monasterio de Fontevraud. El destino de Leonor de Aquitania, que pudo ingresar al monasterio hasta los 50 años, después de parir diez hijos y esposar y desposar a dos maridos, era el de muchas mujeres de alta alcurnia que, a falta de hermanos, eran herederas de un señorío. Leonor de Aquitania, de cuya belleza se escribe, tuvo la singularidad de rebelarse y divorciarse, de meterse en la alta política a través de sus hijos.

Porque después de todo estas “frágiles criaturas del señor” –que como afirmaba el prelado y todos estaban convencidos: “el hombre es el jefe de la mujer, la mujer ha sido sacada del hombre, está unida al hombre y sometida al poder del hombre”– no eran tan sumisas ni tan dóciles. Es la protesta, la manifestación de su propia fortaleza e inteligencia la que al ramillete que ha escogido Duby para ilustrar una época y la condición de lo femenino bajo la

luz del poder de los hombres, caracteriza y hace singular. De otra manera, no quedaría testimonio para rescatarlas de las sombras y entender su voz, que se ha manifestado en el silencio. El silencio al que la obligaron los hombres, que eran los que juzgaban, escribían, decidían y poco a poco descubrían el misterio de ese ser maligno con el que construirían una idea del amor.

María Magdalena es la arrepentida, el mito. La manera en que la Iglesia pudo manejar esta categoría femenina que no era ni virgen, ni esposa, ni viuda, es el ejemplo. María Magdalena se había salvado por el amor a Jesucristo, pues amó mucho a aquel que amaba a todos los hombres. Nuevamente una muestra de la fortaleza que pueden tener las mujeres que mudan su lascivia por el fervor religioso. La pasión que se vive en la carne maltratada. La mujer que besa los pies y redime su condición de mujer pública encuentra en la figura de Cristo la posibilidad de volcarse toda ella; así Magdalena decide, los hombres no han decidido por ella. No queda más remedio que manipular la información –no es algo nuevo en la historia– y volverla ejemplo, mito, enterrarla en Francia, sin que nadie sepa cómo llegó la mujer de Judea a Vézelay.

Las leyendas construidas en torno a María Magdalena ponen en primer término el amor ardiente, extasiado. Y es esa capacidad de amar a pesar de todo y con todo la que hace de Eloísa una mujer excepcional, una heroína del amor y no solamente la priora de la abadía de mujeres de Argenteuil. Lo que sabemos de Eloísa se debe a las cartas entre Abelardo, su esposo castrado confinado a la abadía de Cluny, y ella. El intercambio epistolar fue una de las formas más sobresalientes de la literatura en aquella época pues éstas se leían en voz alta. Duda Duby sobre si las habrá

escrito Eloísa o si fueron redactadas por un hombre para construir una lección moral de la mujer que renuncia nuevamente a los apetitos sensuales y consagra su fervor a Cristo como el esposo eterno. La historia tras ese carteo es, a todas luces, una muestra del amor de Eloísa por ese hombre, culto y encantador, Abelardo. Mientras él visitaba la casa de Eloísa, una muchacha de muy noble y culta familia, los dos quedan prendados. Dice Abelardo: “si algo nuevo podía inventarse en el amor, lo añadíamos”. Eloísa queda embarazada, Abelardo la rapta y huyen para contraer matrimonio. El tío de Eloísa, el canónigo Fulberto, lo castiga brutalmente. Ni el matrimonio salva de la culpa. El sabio Abelardo es castrado como un impedimento total a sus prácticas amorosas. La figura de Eloísa maravilló a Petrarca, a Rousseau, a Diderot, incluso a Voltaire, el amor loco. Si ella ingresa a un monasterio es por amor a Abelardo, por su imposibilidad de unión, por la pérdida del deseo de Abelardo, por estar de alguna manera bajo sus palabras, lo necesita, “que la ayude a acercarse a Dios”. El fervor amoroso es el sentido nuevamente de esta mujer ejemplar a los ojos del prelado y la sociedad de su tiempo.

La Europa del siglo XII descubrió el amor, el amor profano y el amor místico, como lo ha dicho Denis de Rougemont. La alta sociedad perdía su brutalidad y debía dar un espacio al deseo y a la satisfacción lícita del mismo, al amor físico. El romance que mejor recoge el espíritu de ese tiempo, la frecuente contradicción entre el matrimonio como único espacio para ventilar la sexualidad y el deseo que asoleaba a los que no gozaban de los beneficios de la institución es el de Tristán, aquel que inspirara la opera de Wagner, *Tristán e Isolda*. El romance habla del amor sal-

vaje, irreprimible, del deseo loco, ese que encuentran Iseo y Tristán durante el trayecto en la embarcación en la que Tristán lleva a la princesa Iseo a esposar al rey Marcos, como ha sido pactado. Un vino de hierbas que beben durante el viaje es el culpable de esta sensualidad desbocada que no encuentra solución ante el destino de Iseo más que la tragedia. El encanto del amor tristanesco se ha conservado durante siglos porque en él está la semilla que reconoce la existencia del amor unido al deseo. Tristán no quiere más que estar con Iseo, que es única y no es una mujer objeto, intercambiable como se había pensado hasta entonces. Tristán e Iseo son presos de su amor, un amor bueno donde los dos han entrado, por efectos del brebaje, en igualdad de inocencia.

A través de las estampas de seis mujeres: Leonor de Aquitania, María Magdalena, Eloísa, Juette, Iseo y Fenice, excelentemente documentadas, narradas con pasión y con delicadeza, Georges Duby nos coloca en el umbral del milenio que esta por concluir cuando el amor comienza a ser concebido como deseo sublimado, unión indisoluble de dos cuerpos y no sólo búsqueda del goce. Como lo indica el autor en el prólogo, éste es el primero de tres volúmenes que irán iluminando nuestra idea de las mujeres de esa época; otro será el recuerdo de las abuelas en las casas de la alta nobleza, y el tercero, el juicio que tenían los hombres de Iglesia de esas mujeres cuya conciencia dirigían para sacarlas de su perversidad natural.

Esperamos con avidez esos tintes que darán nitidez a las imágenes condenadas a las sombras de las mujeres que vivieron hace mil años. •

MÓNICA LAVÍN es narradora y editora. Entre sus libros destaca *Tonada de un viejo amor*.

Publicado en noviembre de 1996.